

Dr. ENRIQUE B. BARNET¹

por el Dr. José A. López del Valle.

No sólo por cumplir un deber reglamentario, sino para satisfacer, además, los más ardientes deseos del corazón y una deuda de antiguo contraída, nuestras primeras palabras al ingresar en esta docta Corporación, deben ser de gratitud y de cariño para la memoria del Dr. Enrique B. Barnet, cuya vacante venimos a ocupar por la bondad de ustedes, y cuyo recuerdo vive en nuestros corazones por su brillante actuación profesional.

Y nos explicaremos, Señores. El Dr. Barnet fue nuestro amigo del alma, el compañero inseparable, el camarada excelente y bondadoso durante diez y seis años, de los cuales catorce estuvimos en íntima comunión de ideas, de pensamientos y de acción, dedicados a las tareas sanitarias.

Fuimos colaboradores del gran Finlay en sus empeños sanitarios. Nos correspondió el honor de colocar con ese cubano genial y con el ilustre Guiteras, las primeras piedras en la organización de la Sanidad Cubana. En su compañía libramos, tanto en la República como durante el Gobierno Provisional Americano con el inolvidable Kean, las más duras y recias jornadas por la salud pública y unidos, bajo su jefatura inteligente y amable, rendimos intensa, sostenida y desinteresada labor sanitaria.

Compartimos con él, ligados por un afecto sincero y por una simpatía verdadera y una afinidad grande de gustos e inclinaciones, las horas de ansiedad, de lucha, de amarguras y de alegrías. Éramos dos buenos compañeros en el duro batallar por la existencia.

Y nada más natural y justo que nosotros, los que por estar en esas constantes relaciones con Barnet pudimos advertir la grandeza

¹ Discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, el 14 de julio de 1918.

de su cerebro y de su alma, seamos ahora, en estos momentos solemnes, los que, como testigos de mayor excepción, demos fé de su dedicación y fervor por todo lo que significase el bien de la Patria y de la Humanidad.

Pero aún hay más. Estamos, también, ligados por especial gratitud a Barnet, ya que él fue quien con mano cariñosa, hubo de guiar nuestros pasos primeros en el seno de esta Academia y quien, con su amor a las ciencias y al deber, nos ofreció alto ejemplo y poderoso estímulo que tanto influyeron en nuestro desenvolvimiento y vocación por estas disciplinas del espíritu y dedicación de la voluntad y de la energía. Aquí, a su lado, bajo su dirección, levantamos más de una vez la voz, para dar a conocer nuestra opinión modesta y sencilla, en distintos problemas de orden higiénico y gracias a sus consejos y enseñanzas, hemos podido, con el concurso generoso y noble de ustedes, señores académicos, ver colmada una aspiración de nuestra alma: el formar parte de esta Corporación, a la que venimos llenos de entusiasmo y de fervor, a aprender y a trabajar.

No se nos oculta, el que debemos tan sólo a vuestra bondad ese honor. Ello nos obliga al más profundo reconocimiento y a la gratitud mayor y a perseverar en nuestros empeños y propósitos para el cumplimiento del deber, ya que en ese orden, se nos otorga un premio muy superior a nuestros pobres merecimientos!

Y una vez dados a conocer esos nuestros sentimientos y propósitos, pasemos, ahora, a referir, con las naturales deficiencias de nuestro entendimiento, aun mayores y más notables en este caso por la emoción que nos embarga, los hechos más salientes de la vida y los principales trabajos científicos del compañero querido, cuya desaparición eterna ha provocado en nuestra alma tan vivo y tan grande dolor! Mas, por encima de esos nuestros personales sentimientos, ajustaremos nuestra tarea a la imparcialidad más absoluta, para que la obra de Barnet se destaque con sus propios caracteres y se pueda, por ella misma y sin necesidad de esfuerzo ajenos, advertir sus méritos y la justicia de la fama que lo proclama como uno de los cubanos más esclarecidos!

Enrique Buenaventura Barnet y Roque de Escobar, nació en Matanzas el día 14 de julio de 1854. Dentro de un mes se cumplirán los sesenta y cuatro años de esa fecha memorable y esta noche nos congregamos *éú* la Academia sus amigos y compañeros, para rendir

a su memoria tributo sincero de admiración y de cariño y ofrendar pruebas evidentes de que no hemos olvidado su útil existencia, consagrada al cultivo de las ciencias y a la práctica del bien y de la enseñanza.

Barnet estaba orgulloso, con justos títulos para ello, de su ciudad natal. Era un matancero que proclamaba las grandezas y los méritos de esa hermosa ciudad, madre fecunda de literatos y de sabios, de artistas y de patriotas; bella población que un mar amoroso arrulla y besa; que ríos caudalosos bañan y fertilizan; que poético valle avalora y realza, y a la que dan renombre unas cuevas misteriosas donde la naturaleza, como artífice inimitable, ha tejido en el andar pausado de los siglos, encajes maravillosos, de dibujos y de formas sorprendentes.

En el ambiente sereno de esa ciudad encantadora; en el seno de un hogar honorable que el trabajo y la virtud santificaban, se deslizaron amables y venturosos, los años primeros de Barnet, contribuyendo, de seguro, ese medio tan apacible, sedante y lleno de bellezas, a formar su carácter sosegado y dulce y a inspirar en su alma los delicados sentimientos que tanto lo caracterizaban.

Barnet estudió la primera enseñanza en el acreditado plantel «La Empresa» institución modelo, que gozó de gran fama por los prestigios científicos y patrióticos de su Director y profesores, y por la sapiencia, demostrada más tarde, en el curso de los años, por la gran mayoría de sus alumnos. Los estudios correspondientes a la segunda enseñanza los cursó en el Instituto de Matanzas, en el que obtuvo, en 1869, el grado de Bachiller.

En condiciones ya de emprender el estudio de la medicina, por la que tenía vocación decidida y para la que reunía por las condiciones de su carácter, especiales aptitudes, su familia, amante y previsor, resolvió enviarlo a España para que cursara su carrera en la Universidad de Barcelona, poniéndolo así a cubierto de los peligros que por esa época amenazaban a los cubanos y, con toda especialidad, a los que estudiaban medicina.

La situación política de Cuba, era, por aquellos momentos, en extremo difícil. Hacía poco tiempo menos de un año —10 de Octubre de 1868— que los patriotas cubanos habían lanzado, en los memorables campos de Yara, el grito de la Libertad.

La Revolución, limitada en esos primeros instantes a Oriente y Camagüey, había sacudido el alma cubana y conmovido fuertemente a la sociedad toda. El clarín de la guerra resonaba victorioso por las campiñas feraces de Santiago de Cuba y su eco llegaba a los más recónditos lugares de la Isla entera. Las autoridades de la Colonia dieron comienzo a las persecuciones y a las crueles represalias. La familia cubana, dice Bustamante, se «dispersó a los cuatro vientos del horizonte, y apenas hay alguna que no pueda contar entristecida, cómo se llora desde tierras extrañas, por el suelo perdido de la Patria y cómo se ofrenda en los altares de un ideal inextinguible, la sangre y la vida de seres queridos».

Barnet emigró a España, permaneciendo seis años en la culta ciudad catalana, cursando sus estudios en su notable Universidad, teniendo por compañero de aulas a compatriotas tan esclarecidos, como los hermanos Albarrán, Tamayo. Méndez Capote, San Martín. Malberty, Muxó, Nuño, Terry, Tejera y otros cubanos insignes, que tantos días de gloria han dado a las Ciencias y a las Letras.

Profesaba Barnet a esos sus camaradas de estudios, un afecto sincero y un cariño sin límites. Siempre que se le presentaba ocasión propicia para ello, hacía gala de esos sentimientos y experimentaba verdadero placer en evocar los recuerdos de su vida universitaria. Rendía un verdadero culto al compañerismo.

Yo no sé señores, si será una idea errónea, hija de un espejismo, o si como dijo el poeta, siempre creemos, que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Pero es lo cierto a los que «ya peinamos canas», los que estudiamos durante la época colonial, se nos ocurre pensar que los escolares de entonces estábamos más íntimamente unidos y, en términos generales, nos profesábamos mayores y más durables afectos que los del presente.

Y se explica, señores, este hecho, ya que los estudiantes cubanos de esas épocas, estaban ligados, a más de los vínculos, siempre fuertes, del compañerismo, de la simpatía y de la confraternidad, por los ideales patrióticos, por los trabajos revolucionarios, por el peligro que a todos, por igual, amenazaba y por recientes y profundos dolores, provocados por el asesinato de jóvenes estudiantes de medicina —los mártires del 71— por las escenas de desolación y de luto que a diario provocaba la guerra y de las que eran víctimas familiares y amigos.

Y nada une de manera más firme y constante a los hombres que la comunidad en el sufrimiento y en la tristeza. Suelen frecuentemente olvidarse con rapidez las amistades circunstanciales nacidas en las horas breves y fugaces de las alegrías, en los rápidos instantes de regocijo y de expansión. Esos afectos ligeros se esfuman y desaparecen casi siempre, con el eco de las últimas carcajadas. Son tan breves como el placer. Pero en cambio, son firmes y duraderos los cariños que nacen en los lamentos de dolor, en las horas infinitas de las supremas angustias!

Tanto Barnet como los demás estudiantes que emigraron en esos tiempos de luchas patrióticas, aunque estaban al abrigo de los peligros diarios y constantes que amenazaban a sus compañeros de la Universidad de la Habana, participaban, sin embargo, de sus dolores y de sus quebrantos. Al partir de la Patria, habían llevado grabadas en sus almas juveniles, las escenas de dolor y de tristeza indecible, que se habían desarrollado en la Habana, al inmolarse a los estudiantes del 71; sus corazones generosos sentían las tristezas y amarguras de la Patria irredenta, en lucha abierta y heroica por alcanzar la libertad. A sus oídos llegaban las penalidades y las zozobras de sus compañeros de la Universidad de la Habana y aunque estaban rodeados de consideraciones en pueblos liberales y hospitalarios, no podían por ello, permanecer indiferentes, ante todas esas escenas que ocasionaban tantas angustias a sus compatriotas y allegados.

Es decir, que durante los períodos angustiosos de nuestras guerras de independencia, los estudiantes cubanos, tanto los que estaban en Cuba expuestos a peligros inminentes como los que cursaban sus carreras en el extranjero, todos por igual llevaban en sus almas los propios sentimientos, hijos de ansias patrióticas y de muy justificados dolores. Los que estudiaban en las Universidades extranjeras, sentían la necesidad de reunirse, de estar en constante comunión de pensamientos y de ideas, de estrechar los vínculos de la amistad y del compañerismo, para así, constituyendo su núcleo fuerte por la unión, laborar con éxito más provechoso por la causa de la Revolución; concebir esperanzas en sus triunfos; preparar planes para el futuro; lamentar las pérdidas de viejos camaradas y añorar en los dulces recuerdos de la niñez y de la Patria ausente y lejana... Constituían una verdadera familia.

Y por estas razones, Barnet y sus compañeros y con ellos los estudiantes todos de esos tiempos, se profesaban sinceros afectos que se conservaron lozanos y frescos, al través de los años y de las luchas y amarguras, de la vida,

Barnet estudió a conciencia la medicina. Se consagró con ahínco y decisión a los libros, a la clínica y al laboratorio. Se hizo por el esfuerzo consciente y el propósito sostenido, un buen médico. Estudió con ardor y con perseverancia, ansioso de adquirir los mayores conocimientos.

Este amor por el estudio y devoción por el deber, se observaba, como característica general, en casi todos los estudiantes de la época colonial y de los comienzos de la República. Y es tanto más significativo ese hecho, cuanto que en la época anterior a nuestra vida republicana, el estudio se hacía por demás difícil y todo parecía conjurarse para presentar obstáculos a la labor del estudiante.

En lo que a la Universidad de La Habana respecta, recordamos, por ejemplo, que no se ofrecían al estudiante alicientes ni estímulos que lo orientasen en el cumplimiento del deber o que lo alentasen en la senda emprendida.

Se carecía de los elementos y de los recursos necesarios para la enseñanza y había, por esas causas fundamentales, que hacer teóricas las clases prácticas, cuando éstas requerían gastos especiales. Al lado de un grupo de maestros eminentes y sabios, había otro de titulados profesores, negligentes y audaces, que desconocían por completo las asignaturas que tenían a su cargo y que ofrecían a sus educandos el ejemplo pernicioso de su ignorancia y de su descuido en el cumplimiento de sus deberes.

El edificio en que se encontraba instalada la Universidad —el antiguo Convento de Santo Domingo— era vetusto, oscuro, sombrío y carente de comodidades y atractivos. Las aulas destinadas a clases, eran las antiguas celdas de los monjes en la que no había ni la luz ni la ventilación necesaria.

Las asignaturas correspondientes a la Facultad de Medicina, se cursaban en lugares distintos y extremos de la ciudad: en el Anfiteatro de San Isidro, en el Hospital Nuestra Señora de la Mercedes, en el Hospital de Paula y en la Universidad. Los horarios de las clases no habían sido armónica y racionalmente fijados, dándose el caso de que coincidiese las horas de las asignaturas que se explicaban en

el Hospital de Nuestra Señora de las Mercedes y en Paula con las de San Isidro y la Universidad.

El estudiante que deseaba asistir puntualmente a esas clases, tenía que dar carreras precipitadas para ir de un lugar a otro, sin que la fuera posible muchas veces, poder concurrir con exactitud a las mismas, ya que carecía de la cantidad de tiempo necesario para poder trasladarse de uno a otro sitio tan lejano, sobre todo, no contando con los medios rápidos y cómodos de transporte de que hoy se dispone. Y a pesar de todas estas contrariedades, los estudiantes de esas épocas demostraban un tesón y deseo tan decidido por el trabajo, que salvaban esos obstáculos y salían victoriosos en sus empeños.

Ellos suplían con su entusiasmo, las deficiencias oficiales. Cuando el Catedrático era incompetente y descuidado, acudían a Profesores Particulares, que retribuían de su propio peculio, a costa, a veces de las mayores privaciones.

Y se daba el caso, de que mientras el Catedrático de la asignatura, esto es, el juez que habría de fallar y dictar sentencia a fin de curso, le aseguraba al estudiante que ésta sería favorable, el joven alumno, por instinto de conservación y por encima de los ejemplos y consejos, no solamente estudiaba con entusiasmo ardoroso, sino que interesaba el auxilio de profesores sabios, que lo encaminaran a través de los intrincados senderos de la ciencia. En la Universidad no había entonces, más que un microscopio que estaba roto desde hacía muchos años y que no podía substituirse por otro ni aun siquiera componerse por falta de consignación para ellos. Y el estudiante, en esas sus ansias de saber, se encaminaba al Laboratorio de la «Crónica Médico- Quirúrgica», donde un hombre ilustre y generoso, el Dr. Santos Fernández, con el concurso de Médicos eminentes, los Drs. Tamayo, Dávalos, Calvo, Coronado, Acosta y otros meritísimos compañeros, facilitaban gratuitamente a los estudiantes los medios y elementos apropiados para el estudio de la Bacteriología, cuya importancia y trascendencia comenzaba ya a marcarse en el campo de la Medicina.

Igual ocurría con otras enseñanzas. Muchas veces, a pesar de la sapiencia y de los buenos deseos del profesor oficial, los alumnos no se conformaban con sus únicas y colectivas enseñanzas y en las horas de descanso, acudían, para ampliar sus conocimientos, a profesores particulares, que con su experiencia y saber les abrían las páginas del libro misterioso de la clínica.

¿Cuál era la fuerza, la psicología, el estado de ánimo, de los estudiantes de esos tiempos que los llevaba a proceder así, a inclinarlos, de manera tan firme, al estudio y al trabajo?

¿Cómo se explica, que en su casi absoluta mayoría, los jóvenes de esas épocas, en vez de entregarse a muelles y fáciles placeres, a la vida de la alegría y de la holganza, se dedicasen por propio impulso, con empeño decidido al estudio, a duras pruebas de trabajo intelectual y a disciplina tan severa?

La respuesta es fácil. El cubano en esos tiempos, no tenía a su disposición para luchar y vencer en los grandes combates de la vida, más que las armas bien templadas en la competencia y el trabajo. Y aún éstas, las tenía que manejar con bríos y con destreza, para salir victorioso en la lucha con contrarios que disponían de las oficiales influencias y del apoyo decidido de los gobernantes.

Además, los cubanos no tenían en esas épocas, otros campos y horizontes más apropiados para luchar por la existencia, que los que les ofrecían las profesiones, las artes y las letras.

El Comercio, la Industria, la Burocracia, estaban en manos extrañas. Esta última era siempre de reciente importación. A los naturales del país se les reservaban, tan sólo los cargos de Juez, de Médico Municipal o de Oficial Quinto en las Oficinas Públicas.

La guerra de los diez años —de 1868 a 1878— fue, sin duda alguna, una de las más grandes epopeyas de la Historia Americana. Los cubanos en cuyas manos estaba al comenzar esa homérica contienda la riqueza agrícola y que eran dueños de las haciendas y de los campos, se habían apresurado, al dar el grito de Independencia y en un rasgo de generosidad suprema, a quemar sus propiedades, a libentar las dotaciones de sus ingenios y a lanzarse a la guerra en pos de la libertad de la Patria. La propiedad, sobre todo la rural, pasó en gran parte, a manos extranjeras. El cubano heroico, valeroso y desprendido, ofrendó, en el Altar de la Libertad, su vida y su hacienda...

Terminó esa cruenta y larga lucha. Los hijos de esta tierra, desposeídos de sus riquezas, vistos y tratados con grandes recelos en el orden político, no pudiendo, por varias causas, dedicarse a las actividades del comercio y de la industria, tuvieron que orientarse por los senderos de las profesiones literarias. Se les dejaba, hasta cierto punto, libres esas vías, por considerárseles como «poco pro-



Dr. Enrique B. Barnet en 1900

ductivas» y por la competencia personal que requieren y los gastos que en sus comienzos demandan.

Desde luego, que todas estas causas, eran estímulos poderosos y acicates formidables para el trabajo y el estudio, lo que se traducía en adelantos y progresos intelectuales para los cubanos, que dominaban y se distinguían notablemente en el cultivo de las ciencias y de las letras.

En 1875 se graduó Barnet de Licenciado en Medicina y Cirugía en la Universidad de Barcelona. En el acto regresó a Cuba, viniendo provisto para el ejercicio profesional, no tan sólo con el título que legalmente le autorizaba para ello, sino también con los conocimientos y la competencia necesaria para hacerse una situación económica propia, ya que no contaba para la vida con más recursos que los que obtuviera de sus personales esfuerzos. Comenzó a ejercer en Cienfuegos, y más tarde se trasladó a Cruces. No encontró de momento, en estas poblaciones, medio favorable, y se decidió entonces, a establecerse definitivamente en Santa Isabel de las Lajas donde ejerció por espacio de veinte años la profesión con tal acierto y fortuna, que obtuvo grandes éxitos científicos y positivos resultados económicos. Barnet, que tenía un espíritu refinado y que era hombre de gustos exquisitos, amante del progreso y del bienestar, supo llevar, hasta el apartado rincón criollo en que vivía, el «confort» de las viviendas parisinas. Y él se destacaba no sólo como médico sapiente, sino que en el orden social, llamaba la atención por el refinamiento de su casa y lo exquisito de sus gustos, puesto de manifiesto en sus vestidos, trenes y demás detalles de su vida.

En Lajas llegó a ser el médico favorito y solicitado por los elementos todos de aquella sociedad. Lo mismo interesaban sus servicios los ricos hacendados y colonos de la comarca, acostumbrados a ser asistidos en sus dolencias por grandes eminencias de Cuba y del extranjero, que los pobres guajiros que residían en los sitios apartados, y a los que Barnet atendía con generosidad y altruismo. Todos esos enfermos veían en Barnet el médico cariñoso y solícito, al clínico experto, al verdadero sacerdote de la ciencia, por el que sentían un fervor y una devoción verdaderamente religiosa. Llegó a tener una clientela inmensa y ejerció la profesión con dignidad, con prestigio y con decoro.

Más adelante, en el andar de los tiempos, Barnet demostró otras cualidades de su cerebro y otras energías de su espíritu, algunas de ellas tan notables, que llegaron casi a eclipsar sus grandes triunfos profesionales en Santa Isabel de las Lajas. Pero los que conocieron y siguieron de cerca su actuación como médico y advirtieron, tanto en esa época primera de su vida profesional como más tarde, ya al final de su existencia sus condiciones como clínico en «La Benéfica» y en la clientela privada, convienen todos en afirmar, que si grande era el mérito de los talentos de Barnet como sanitario y literato, como conferencista y como maestro, no era por cierto menor su valor como médico, y que si resonantes fueron sus triunfos administrativos y literarios, también fueron grandes los que alcanzó en el diario ejercicio de la medicina, allá en los fértiles campos de la rica región de Santa Clara, en la que cosechó tantos lauros, y conquistó tan grande estimación.

En Santa Isabel de las Lajas, Barnet demostró su amor al trabajo y sus múltiples y variadas actividades y el poder ejecutivo de su espíritu. No fue tan solo médico, sino que dedicaba a los trabajos agrícolas los instantes que le dejaban libres sus atenciones profesionales. Fomentó grandes siembras de caña, en las que cifró fundadas esperanzas económicas. Llegó a ser uno de los más ricos colonos de la zona. Además, dedicó tiempo y energía a la apicultura, introduciendo, con espíritu de progreso, muy útiles innovaciones en la explotación de esa interesante rama de la Zoología especulativa. Tuvo extensos potreros, donde perfeccionó la cría caballar, obteniendo premios en distintos concursos hípicas por los ejemplares que presentó en los mismos. Es decir, que Barnet puede ser considerado como uno de los hombres «polifacetados», esto es, de cerebros superiores que parecen tener, al igual que las piedras preciosas de gran valía, múltiples aristas, en cada una de las cuales irisa y brilla la luz, ofreciendo a la admiración de los demás el espectáculo hermoso y deslumbrador de múltiples rayos que iluminan, con el fulgor de la inteligencia, los caminos de la vida!

Barnet era un patriota que sentía un grande amor por las libertades patrias. Tomó parte principal en los trabajos que se llevaban a cabo en Santa Isabel de las Lajas para la organización de la guerra de independencia. Conspiró con decisión y laboró con amor por la libertad de Cuba. Por aquella época, 1892, se inició en

la provincia de Santa Clara, especialmente en Lajas, un prematuro movimiento revolucionario, debido a las naturales impacencias de ardorosos patriotas que se precipitaban por romper las cadenas de la esclavitud que los oprimían. Mas, esos esfuerzos no dieron un resultado práctico, ya que no estaba todavía bien preparada y dispuesta la máquina revolucionaria, ni se había completado la organización y planes del futuro y último esfuerzo libertador. Eran chispas de un incendio que ardía en el corazón, pero que necesitaba para que pudiese con sus vivos resplandores iluminar los campos todos de Cuba, de mayores «combustibles» y de más poderosos elementos.

Y aunque Barnet cooperaba con los patriotas de Lajas en los trabajos revolucionarios, no por eso dejaba de advertirles con juicio sereno, que se pretendía realizar una obra que de seguro no habría de prosperar, por falta de recursos, de oportunidad y de tiempo. Y leal y sabiamente hubo, además, de informarlo así a Martí, en New York, en el viaje que hizo en 1892 a Europa, por vía de los Estados Unidos. El Apóstol de nuestra independencia que estimaba a Barnet en todo lo que él valía y que apreciaba sus dotes de prudencia, discreción y patriotismo, aceptó como buenos sus consejos que más tarde la experiencia demostró que era por demás razonables y atinados.

El propio año después de recorrer las principales ciudades americanas y europeas, regresó Barnet a Lajas, donde continuó, con iguales arrestos y utilidades, el ejercicio profesional. Su clientela aumentaba y cada día eran mayores los provechos económicos que alcanzaba. Su fama como médico se extendía por las regiones vecinas y era solicitado con frecuencia para consultas y juntas profesionales por sus compañeros, que lo tenían en elevado concepto. En sus viajes al extranjero, había adquirido modernas enseñanzas que ampliaron sus conocimientos médicos y le dieron gran renombre profesional.

A su vuelta a Lajas, prosiguió también con fervoroso patriotismo, sus trabajos y propagandas en favor de la causa de la libertad. Se le señaló como un peligroso revolucionario. Las autoridades españolas conocían sus empeños políticos y en Febrero de 1895, al estallar la Revolución, comenzó para Barnet una era de persecuciones que culminaron, en Octubre del propio año, en una orden

perentoria, terminante y amenazadora, para que abandonase en el acto el pueblo simpático donde radicaban sus amores y sus tesoros. Y en un plazo de 24 horas tuvo que rematar su fortuna, adquirida a fuerza de sacrificios y desvelos. Se vio precisado a abandonar su clientela formada con el estudio y la constancia, emigrar a tierras extrañas para defender su vida y ponerse a cubierto de las fieras persecuciones de que eran víctimas los patriotas. Perdió en breves instantes una fortuna hecha con el esfuerzo propio, en el largo transcurso de numerosos años de privaciones y de fatigas. Y aquellos verdes y prósperos cañaverales, en los que cifraba sus ilusiones y sus esperanzas, desaparecieron arrasados por las turbulencias políticas. Barnet con los escasos recursos que pudo obtener en esa forzada y rápida liquidación, se trasladó a New York en octubre de 1895, donde plantó su pobre tienda de emigrado revolucionario. Prestó a la causa redentora nuevos e importantes servicios tanto en el Club Profesional «Oscar Primelles» formado por nobles y esforzados patriotas, como en el desempeño del cargo de Enviado Especial de la Junta Revolucionaria de New York, en Venezuela y Colombia, llevando a esas Repúblicas hermanas, los anhelos, las demandas y representación de la Patria y obteniendo para la causa de la Independencia efectivos y patrióticos auxilios, tanto morales como materiales.

De regreso a New York, revalidó, en 1896, su título de médico, comenzando a ejercer su profesión en los Estados Unidos. Al igual que otros ilustres médicos cubanos, fue designado como cirujano auxiliar del Ejército Americano. Prestó sus servicios como médico de las tropas americanas en distintos cuarteles y fortalezas de la Habana, y supo granjearse por su comportamiento, por su fidelidad en el cumplimiento del deber y por su ciencia, las simpatías, el afecto y la consideración de sus superiores y subalternos.

Aquí comienza, por decirlo así, la época más brillante de la vida de Barnet y en la que, por actuar en un cargo público de alto relieve se le ofrecieron frecuentes oportunidades para demostrar sus poderosas facultades intelectuales, sus excelentes dotes de organizador, su perseverancia y dedicación al trabajo.

En 1902 al constituirse la República, los cubanos teníamos que demostrar ante el universo entero, nuestra capacidad para el gobierno propio y para el disfrute de las libertades que habíamos al-

canzado a costa de tan grandes sacrificios. Puede asegurarse, que la atención mundial estaba pendiente, en esos instantes de prueba, de nuestros trabajos y gestiones, y que cuidadosamente se observaban nuestros pasos primeros en la constitución y desenvolvimiento de la República, con objeto de apreciar nuestras aptitudes y condiciones para la vida de los pueblos libres. Durante un corto período de la primera Intervención Americana, los cubanos, desde los elevados cargos ejecutivos que se les confiaron en ese Gobierno, habían probado suficiencia y preparación para tales empeños. Sin embargo, faltaba la demostración efectiva y definitiva de esas nuestras condiciones y a ella hubimos de ser sometidos al establecerse, libre y soberana, la República de Cuba.

Entre los distintos ramos de la administración pública que de manera más especial hicieron fijar la atención de todos sobre nosotros, fue sin duda alguna, el relativo a los asuntos sanitarios, no solamente por la vital importancia que tienen siempre estas cuestiones, sino por la obra dinámica que en su gestión sanitaria, había dejado el Gobierno de la Intervención Americana a su paso por Cuba.

¿Serán, se preguntaban los extraños, los cubanos capaces, no ya de mejorar, sino aun de sostener las grandes conquistas higiénicas alcanzadas por el Gobierno de la Intervención Americana en Cuba? ¿La naciente República sabrá mantener la Isla en las debidas condiciones higiénicas?

La Intervención Americana, al hacer entrega del Gobierno a los cubanos, hizo incluir, como Apéndice Constitucional, la llamada Enmienda Platt, que en su Artículo 5º, establece «que el Gobierno de Cuba ejecutaría y ampliaría hasta donde fuese necesario, los planes ya proyectados y otros que mutuamente se convinieran, para el saneamiento de las poblaciones de la Isla, con el fin de evitar la recurrencia de enfermedades epidémicas e infecciosas, protegiendo así al pueblo y al comercio de Cuba, lo mismo que al comercio y al pueblo de los puertos del Sur de los Estados Unidos». Es decir, que los cubanos, al nacer a la vida independiente, teníamos en el orden sanitario, dos compromisos que cumplir, a cual mayor; el uno, de carácter moral; el otro como una obligación internacional. Era, pues, cuestión de honor para todos los que se interesaban por el porvenir de la Patria, el que Cuba mantuviese el estado sanitario



El Dr. Carlos J.* Finlay, Jefe Nacional de Sanidad. En un extremo el Jefe de Despacho Dr. Enrique B. Barnet, junto al Dr. José A. López del Valle, Jefe Local de la Habana.

de que ya disfrutaba y que saliese triunfante en sus empeños por defender la nación de los peligros de orden higiénico que pudieran amenazarla.

Por fortuna, el Gobierno de la República hubo desde los primeros instantes, de penetrarse bien de esos sus deberes y de prestar atención preferente a la eficaz organización del Departamento de Sanidad. El primer acierto de nuestro Gobierno en ese sentido, fue el de inspirarse en un criterio absolutamente patriótico y científico, al escoger los hombres que debían de ponerse al frente de ese Departamento, ya que de la bondad y de las personales condiciones de éstos, dependería seguramente, el resultado futuro de los trabajos de ese trascendental ramo del Gobierno.

El Dr. Diego Tamayo, Secretario de Gobernación en esa época, designó a los Dres. Carlos J. Finlay y Enrique B. Barnet, para desempeñar los dos cargos más prominentes en la organización sanitaria. El Dr. Juan Guiteras, ocupó la presidencia de la Comisión de Enfermedades Infecciosas. El éxito obtenido por estos cubanos insignes en sus gestiones; el auge y la preponderancia que supieron darle a los asuntos encomendados a su tacto, pericia y sapiencia; la organización perfecta y la marcha seria y progresista que hubieron de imprimir a los servicios de que eran jefes y los días de gloria y satisfacción que alcanzó la Patria por los triunfos obtenidos, vinieron no tan sólo a colmar de hondas y legítimas satisfacciones a todos los cubanos, sino también a demostrar la feliz elección 'que de ellos había hecho el Gobierno de Cuba.

Es preciso, por ser justo y por constituir esa nuestra cualidad un timbre de orgullo para esta tierra tan amada, el que una vez más hagamos constar y reconozcamos con el corazón henchido de íntimas satisfacciones, que en asuntos sanitarios, los cubanos, en los momentos todos de nuestra vida nacional, hemos demostrado capacidad, empeño y propósitos, no tan sólo para mantener las conquistas higiénicas sino también por 'mejorar y ampliar esos servicios, hasta perfeccionarlos y dotarlos de manera conveniente para que puedan realizarse con eficacia y diligencia.

El primer Gobierno de la Intervención Americana, se había dedicado especialmente a la extirpación de la Fiebre Amarilla en Cuba. Solamente en la Ciudad de la Habana existía una organización sanitaria terrestre completa. En las demás poblaciones de la Isla, los

trabajos sanitarios se habían limitado a los de Cuarentena y a los de saneamiento de calles, plazas y parques. Los americanos establecieron los servicios públicos de recogida y apropiada disposición de las basuras, de composición, limpieza y riego de calles. Estos servicios de carácter general, no habían sido establecidos más que en las principales ciudades. En abril de 1902, es decir, un mes antes de la constitución de la República y del traspaso del Gobierno a los cubanos. La Intervención Americana promulgó la Orden No. 159, por la que se establecía una organización Sanitaria Nacional, creándose, al efecto, la Junta Superior de Sanidad y sus delegadas las Juntas Locales en cada Término Municipal. Al Gobierno de la República correspondió el implantar y poner en vigor esa Orden por la que se creaba con carácter de municipales, los Servicios Sanitarios en las poblaciones del interior y los que no pudieron establecerse en la gran mayoría de los casos por falta de consignaciones apropiadas, ya que de acuerdo con los preceptos de ese Decreto, eran los Ayuntamientos los que tenían que abonar los gastos que se originasen por el funcionamiento de esos Servicios. Triste, pero necesario es confesarlo, que el mayor número de las Corporaciones Municipales no dieron importancia alguna a estas obligaciones dejando casi por completo indoctas a las Juntas de Sanidad.

Finlay y Barnet primero, los Miembros de la Junta Superior de Sanidad más tarde, tuvieron pues que acometer la ardua empresa de organizar, de conformidad con lo establecido en la nueva Orden 159, las Juntas Locales de Sanidad de la Isla? Y en esa ímproba labor, Barnet hubo de tomar como Jefe Ejecutivo del Departamento y Secretario de la Junta de Sanidad, una parte muy principal. Trabaja día y noche, consagrándose por entero al desempeño de los deberes de su importante cargo. Fue dentro de la organización sanitaria, la abeja laboriosa que aportaba la rica miel de su ciencia y de su constancia. Atendía al diario despacho de los numerosos asuntos propios de su cargo y por propia iniciativa, afanoso de progresar en el camino emprendido, acometía nuevas empresas, creaba servicios, organizaba y reglamentaba los existentes.

En la oficina era de los primeros en llegar y de los últimos en retirarse. No se entregó a las muelles delicias de la Burocracia, sino que convirtió su plaza en recio yunque de trabajo, donde diariamente forjaba proyectos y concienzudamente cumplía con los deberes que

le estaba encomendados. Fue Vocal y Secretario de la Junta Superior de Sanidad desde la creación de la misma, distinguiéndose notablemente en el desempeño de esos cargos por la competencia, prontitud y equidad con que despachaba los asuntos, por la correcta y elegante redacción de las Actas de las Sesiones y demás documentos de la Junta y por las mociones y proyectos presentados a la misma, para organizar unas veces y mejorar en otras, los servicios que dependían de ese alto organismo sanitario.

Desempeñó importantes comisiones en Cuba y en el extranjero, que le fueron conferidas por acuerdos de la Junta y en el cumplimiento de esos deberes, supo colocar a gran altura el nombre de Cuba y de nuestras instituciones sanitarias.

En 1906, al establecerse el Gobierno Provisional, el entonces Mayor y hoy Coronel J.R. Kean, Supervisor del Departamento, supo advertir y aprovechar en beneficio de la Administración Pública, las excepcionales condiciones de Barnet, al que confirmó primero en sus puestos y ascendió más tarde, confiándole la Jefatura de Despacho de la Dirección de Sanidad y la Secretaría de la Junta Nacional de Sanidad. Barnet fue un colaborador valioso de Kean en la Nacionalización de los Servicios Sanitarios y en la preparación e implantación del Decreto No. 849, de 1907, por el que se crearon las Jefaturas de Sanidad y se les dio vida legal y económica. Además, fue uno de los Asesores de la Comisión Consultiva en la redacción de los Artículos de la Ley del Poder Ejecutivo, relacionados con la Secretaría de Sanidad y Beneficencia. El Gobierno Provisional lo designó, con carácter interino y por el tiempo que se traspasase el Gobierno a la República, Director de Sanidad y Presidente de la Junta Nacional de Sanidad y Beneficencia, premiando así sus constantes y fructíferos trabajos, su inteligencia y dedicación al cumplimiento del deber.

Al constituirse de nuevo la República en 1909, Barnet, por las exigencias de una política partidista, mezquina y demoledora, fue despojado de los cargos que con tanta devoción y estima desempeñaba en Sanidad. Se echó a rodar por tierra con injusticia notoria, toda una vida administrativa, laboriosa, honorable y digna. Fue relegado a un puesto secundario dentro de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia, esto es, en el propio Departamento que él había contribuido a crear y que había regado con el sudor de su frente y con la savia de su

talento. Lo nombraron Inspector Especial. Más adelante, fue designado para el cargo de Jefe de la Sección de Biblioteca y Prensa y Jefe de Redacción del Boletín Oficial de la Secretaría de Sanidad. Ese rudo golpe, dado en pleno pecho, hubiese hecho desmayar a otro que no tuviera ni la entereza de carácter ni las serenas energías de Barnet. Ante la dura prueba del destino, no sintió decaer su amor por el trabajo, ni entibiar su fervor por el bien de los asuntos sanitarios. Emprendió resignado y tranquilo, el desempeño de las tareas relativamente secundarias que se le confiaban. Se dedicó con preferencia a la redacción del Boletín Oficial que bajo su sabia y acertada Jefatura, ha llegado a ser una de las publicaciones más notables de Cuba, alcanzando gran demanda en el extranjero, por su bella presentación, por el valor de los trabajos científicos que publica y por lo interesante de sus notas estadísticas y oficiales. Desde la celda oscura y modesta a la que Barnet había sido relegado, desde allí, paciente, conforme y noble, seguía laborando con cariño y patriotismo elevado, por el engrandecimiento de las distintas ramas sanitarias. Desempeñaba a la perfección las distintas misiones que se le confiaban; redactaba reglamentos, proyectos de Mensajes, Informes y Dictámenes y cuantos trabajos eran encomendados a su larga experiencia sanitaria, a sus habilidades literarias y a su inteligencia superior. Y en ese nuevo cargo encontró campo para demostrar lo sólido y lo vario de su cultura; para satisfacer ansias de su preparación científica, literaria y artística.

Barnet sentía una decidida vocación por los estudios literarios. Era un estilista refinado, que manejaba con maestría, soltura y elegancia, el idioma castellano. Sus escritos, tanto los puramente literarios como los científicos y de correspondencia particular y oficial, se distinguían a simple vista, por la delicadeza de su presentación, y por su estilo castizo y sobrio, de una impecable corrección.

La apacible serenidad de su carácter, se reflejaba en sus escritos y en sus producciones literarias todas. Hablaba pausado, con la reposada calma de los temperamentos absolutamente equilibrados. Su oratoria era didáctica, convincente, cual la del maestro que al entendimiento se dirige y no la del orador fogoso, de verbo ardiente, que al corazón y al sentimiento habla.

Barnet leía magistralmente. Sabía dar a su voz la entonación apropiada y oportuna, leyendo con claridad y elegancia. Era un

verdadero conferencista. Su palabra atraía, educaba, instruía. Sabía hacerse oír, por la profundidad de sus conceptos y la facilidad y belleza de la exposición. Sus disertaciones en el Hospital Número Uno; sus conferencias en la Normal de Maestros, sus discursos e informes ante la Academia de Ciencias; la Sociedad de Estudios Clínicos, las Juntas Superior y Nacional de Sanidad y la Asociación Médico-Farmacéutica Nacional, son piezas oratorias y literarias de gran valor, en las que se advierten las grandes condiciones intelectuales de Barnet y su dominio absoluto del idioma y de la ciencia.

El periodismo le atraía con fuerza irresistible. Fundó en 1900 y dirigió hasta 1905, la «Revista de la Asociación Médico-Farmacéutica», publicación que alcanzó gran crédito y que obtuvo éxitos por demás lisonjeros. Ese periódico, por su naturaleza y fines, era *campo* apropiado para lucir sus varias y eficientes cualidades y fue, por decirlo así, el escenario de sus primeros triunfos literarios y donde comenzó a dar muestras de sus provechosas y prácticas iniciativas.

En los artículos doctrinales, aparecía el profesional amante de su clase, defensor de sus derechos, paladín generoso y esforzado de las buenas causas; en los escritos de carácter científico, hacía gala de su cultura y erudición notables y de sus dotes como observador profundo, demostrando su ilustración y conocimientos médicos excepcionales. Creó una sección especial titulada «De todas partes, notas y recortes», en la que exponía y trataba con amenidad y con gran ingenio, las más diversas cuestiones relacionadas con el ejercicio de las profesiones médicas y farmacéuticas. En esa interesante sección, contestaba las quejas, reclamaciones y demandas de los interesados sobre intrusismo profesional; resolvía las consultas que se le dirigían sobre arduas y múltiples cuestiones en relación con el ejercicio de esas carreras; daba cuenta de los progresos y adelantos científicos de las mismas, intercalando, entre las notas graves y serias, otras regocijadas y simpáticas, en las que refería las más intencionadas y rientes anécdotas médicas.

En la redacción de esa «Revista», al igual que en el «Boletín de Sanidad y Beneficencia», rendía Barnet una intensa y continuada labor intelectual y prestó servicios de inestimable valor, a la sociedad en general. Acaso, esos sus meritorios trabajos periodísticos, hayan pasado inadvertidos para muchos, al igual que acontece, casi siempre, en las tareas de esa índole. El esfuerzo, la iniciativa in-



Primera Junta Superior de Sanidad, presidida por el Dr. Carlos J. Finlay, (al centro) a su derecha el Dr. Enrique B. Barnet, Secretario, Drs. Juan Guiteras y José A. del Cueto, (de pie) Drs. Hugo Robert, Gonzalo Arostegui, José Varela Zequeira, J. L. Dueñas y Joaquín Jacobsen.

dividual, realizados y expuestos en artículos sin firma, se pierden, ante los ojos del «gran público», en la parte que se refiere a la paternidad de la idea y a la cantidad del trabajo ejecutado por el periodista, en su diaria e ímproba labor.

De ahí, el altruismo que preside los actos de estos grandes colaboradores de la humanidad, que pasan su vida entera dedicados a las tareas periodísticas, educando al público, formando opinión, lanzando los más luminosos conceptos, haciendo patria, forjando caracteres, poniendo su cerebro y su inteligencia toda, al servicio de nobles causas, sin tener la dulce recompensa de la gratitud y del reconocimiento. Se da el caso frecuente, de que otros, más afortunados y felices, aprovechan sus ideas, se levantan sobre los pedestales que ellos, con su talento macizan; desenvuelven y realizan las ideas nacidas en lo hondo de sus cerebros o en lo íntimo de sus corazones, mientras el pobre escritor, agotada su vida en tareas siempre mal recompensadas, cae desconocido y olvidado, cual héroe anónimo, en los grandes combates de la vida.

Barnet tenía una gracia especial para redactar cartas. Dominaba con gran maestría el estilo epistolar. Desde las amorosas y tiernas misivas que enviaba a su novia amantísima en su época de estudiante y en las que se advertía todo el ardor de su corazón juvenil y enamorado, hasta las cartas tristes que ya, en el ocaso de la vida y de la esperanza, dirigía a sus familiares y amigos y en las que revelaba el hondo pesar que le ocasionaba su enfermedad y el derrumbe de sus ilusiones y de su existencia, en todos sus escritos bellamente redactados, llenos de poesía y de ternura, en estilo sencillo, hermoso y límpido, en todos ellos, Barnet «ponía un pedazo de su alma» y hacía derroches de su talento y donaire.

Era un artista de la pluma. Enamorado de su producción literaria, la cuidaba y pulía para presentarla con esmero y pulcritud. Revisaba y corregía sus escritos y los seguía con cariño de padre, a través de los «linotipos» y prensas. Uno de sus placeres mayores era el de corregir las pruebas de imprenta, en cuyas tareas sentía un verdadero gusto y pocos le igualaban. Cuando tenía en la imprenta algún trabajo en prensa, personalmente escogía los tipos de letras más apropiadas, dirigía la conformación, indicaba los márgenes, los adornos y demás detalles de presentación de la obra y vigilaba la impresión, siguiendo con deleite, el curso del trabajo hasta dejarlo ter-

minado y listo. Era por lo tanto, un artista completo en estas cuestiones. Concebía en su cerebro privilegiado la hermosa idea engendradora de la obra literaria. Con su pluma galana y florida, la llevaba a la blanca cuartilla. Y, más tarde, la convertía en un trabajo tipográfico, delicado y perfecto.

Su producción literaria es extraordinaria. Fue un trabajador afortunado, incansable y fecundo. El Dr. Jorge Le Roy, a cuya paciente labor de bibliógrafo y de investigador debemos los datos de ese orden que publicamos, anota, en la Bibliografía de Barnet, 81 trabajos, cada cual más valiosos. Entre esas sus producciones, se destacan por su originalidad y por su mérito científico y literario, «Las conversaciones del Doctor», que durante cerca de dos años publicó en «El Fígaro», interesante y muy leída Revista Habanera. En esas «Conversaciones», Barnet hacía una útilísima obra de vulgarización científica y de propaganda sanitaria, sobre todo entre las madres de familia, a las que educaba con sus amenas crónicas, en los principios de la higiene moderna.

Cada semana, publicaba Barnet una de sus instructivas «Conversaciones», que eran movidos diálogos «entre el médico y sus clientes». Así, en forma agradable iba, con talento y amenidad, dando a conocer al público las causas de las enfermedades transmisibles, especialmente la tuberculosis y las que azotan y diezman la infancia; los recursos que deben emplearse para evitar esas enfermedades y la manera más apropiada para defendernos de ellas.

Dedicaba atención preferente a la higiene y demás cuidados que demandan los niños en la edad primera de la vida. Instruía a las madres acerca de la alimentación apropiada de los recién nacidos y explicaba con detalles prolijos, en lenguaje conciso y claro, las atenciones higiénicas que deben prestarse a los niños para ponerlos al abrigo de las enfermedades que aniquilan y destruyen las nuevas cosechas de la graciosa flor humana.

En la primera de sus «Conversaciones», publicadas en «El Fígaro», número correspondiente al 25 de Enero de 1914, Barnet, a manera de introducción de eso su meritísima labor, exponía en intencionado diálogo sostenido con el Dr. Ramón A. Catalá, Director de ese periódico, el programa que se proponía desarrollar en el curso de sus instructivas pláticas.

«En primer término, decía Barnet en esa su entrevista-prólogo, trataré cuestiones de salud pública. No hay bienestar individual comparable a la salud, ni riqueza de un pueblo como la de su buen estado sanitario. Como ha dicho el Profesor Pínard, todo cuanto contribuye al perfeccionamiento del cuerpo aumenta la dignidad de todo ser. De ahí el axioma de que sin salud, la vida no es vida. La salud es el factor esencial de la fertilidad, de la prosperidad y de la felicidad y, por consiguiente, del progreso de la civilización».

Y ese tan extenso e interesante programa desarrolló en su curso de las dos series de «Conversaciones» que publicó en «El Fígaro», y que comprenden noventa y un trabajos de vulgarización higiénica. «Yo no escribo sino para los ignorantes». Ese era el lema que ponía modestamente al frente de sus «Conversaciones», como escudo para justificar el lenguaje natural y corriente que empleaba en esos artículos y la sencillez aparente de sus argumentos. Y así, redactadas en estilo familiar, amenizadas con ilustraciones y grabados alusivos al texto, valoradas por el saber y la experiencia de Barnet, sus «Conversaciones» adquirieron justa fama y realizaron una obra inmensa de cultura y de bien. La Secretaría de Sanidad y Beneficencia acordó reimprimir en hojas sueltas esos trabajos, para repartirlos profusamente entre las clases pobres, con objeto de hacer una activa y muy necesaria obra de educación higiénica popular.

Ya Barnet se había distinguido por sus excelentes trabajos de vulgarización científica, entre los que figuran, entre otros de positivo mérito, los siguientes:

- La Peste Bubónica. Conferencia en el Hospital Número Uno. 1903
- Instrucciones populares para evitar el contagio de la escarlatina. 1903
- Instrucciones populares para evitar la propagación de la fiebre tifoidea. 1904.
- Instrucciones populares contra la difteria. 1904.
- Nota Sanitaria sobre el Sarampión. 1905.
- Higiene de la Primera Infancia. Instrucciones populares sobre la manera de criar los niños. Este trabajo comprende los siguientes capítulos:
 - Tétanos de los recién nacidos.

- Alimentación de los niños.
- Consejos sobre Enteritis, 1905.
- Instrucciones populares sobre Fiebre Amarilla. 1906
- Cólera-morbo-asiático. Naturaleza y síntomas de la enfermedad.
- Medios de impedir su propagación.
- La rabia. Medios de precaverla.
- La Fiebre de Malta. La Isla de Malta y las Cabras.

Nos hemos detenido en la enumeración de trabajos de divulgación científica publicados por Barnet, para que se advierta la copiosa y laudable labor realizada durante el curso de su vida útil, como escritor, como médico y como sanitario, en bien de la educación higiénica de nuestro pueblo.

Veterano de las ideas sanitarias, había adquirido la experiencia, que para salir airoso de esas luchas contra la infección, la enfermedad y la muerte, es preciso, como condición indispensable, el contar con el concurso conciente y decidido de los ciudadanos todos, lo que se obtiene por medio de la propaganda y de la educación. El valor, la necesidad, el provecho de las medidas higiénicas es tal, que basta sólo con saberlas apreciar, para que se acepten y apliquen por propia iniciativa, sin necesidad de emplear medios coercitivos, los que deben reservarse para los ignorantes, los descuidados y los que proceden de mala fé, inspirados en fines perversos o interesados.

En el seno de esta docta Corporación, Barnet se hizo notar, por su actuación personal entusiasta e inteligente y por la valía de los trabajos científicos ante la misma presentados.

Fue designado para pronunciar los elogios fúnebres de los Académicos desaparecidos Dres. Domingo Fernandez Cubas; Albarrán y Domínguez, y Vicente Benito Valdés. Llevó a cabo estas tristes encomiendas, con su maestría y pericia acostumbradas. Esos sus discursos necrológicos llenos de conmovedores conceptos, le valieron plácemes muy merecidos y justificadas alabanzas. Supo hacer destacar con su pluma privilegiada la figura simpática de Cuba; la venerable de Valdés; —el benedicto de la Medicina— y la interesante de Albarrán, por el que sentía un afecto fraternal, nacido desde los días amargos de la emigración.

Dio lectura en esta Academia a numerosos dictámenes, disertaciones e informes entre los que se destacan los siguientes:

—Algunas instituciones Sanitarias de Berlín.

—La fiebre de Malta en Cuba.

—Reparo a las Ordenanzas Sanitarias

—Informes sobre Memorias presentadas en opción al Premio de la Academia —en colaboración con los Dres. Arístides Agramonte y Alfonso Betancourt.

Esta Academia le confió por tres ocasiones, el honor merecido, de pronunciar los discursos en las Sesiones Solemnes verificadas los días 15 de mayo de 1902; 19 de mayo de 1909 y 28 de mayo de 1913. En su primera disertación desarrolló de manera magistral, el amplio e interesante tema «Concepto actual de la Medicina». El segundo de los trabajos a que dio lectura en Sesión extraordinaria, fue sobre «La Sociedad Universal de la Cruz Blanca en Ginebra». «Cuestiones de Higiene Alimenticia». Su tercer discurso versó acerca «del estado sanitario de Cuba».

En la sesión en que se dio a conocer este trabajo presidió el acto el Presidente de la República y concurrieron las más altas autoridades de Cuba, por cuya feliz coincidencia, pudieron advertir en el curso del excelente y bien documentado trabajo de Barnet, la necesidad de llevar a la práctica las medidas sanitarias por él recomendadas en favor de la infancia.

En ese su discurso, Barnet, con argumentos sólidos, en conceptos elevados y brillantes, dio a conocer en toda su magnitud, el problema pavoroso de la mortalidad infantil entre nosotros, haciendo resaltar, con la elocuencia efectiva de los números toda la importancia de ese vital asunto, y la necesidad urgente de aplicarle sabios y oportunos remedios.

«La mortalidad infantil, decía Barnet en ese su trabajo, es una cuestión más trascendental, de lo que parece vista superficialmente». Y para probar su aserto, continuaba exponiendo con su palabra autorizada lo siguiente:

«Durante el último año, han muerto sólo en el Municipio de la Habana, 1,216 niños de 0 a 1 año y 460 de 1 a 9 años, en total 1,676 niños por diversas enfermedades, de la cuales 682 por Enteritis, en menores de dos años, esto es, por alimentación inadecuada. Multipli-

ciudad por diez aquella cifra de 1 676 niños desaparecidos en un año y tendréis 1 676 niños muertos en un decenio, lo que equivale a la desaparición completa de una ciudad importante de la República, sólo por ese concepto!

«Y si volvemos la vista a la República, encontraremos que en 1912, de las edades citadas, han desaparecido 13,230 niños. Practicad la misma operación de aritmética anterior y resultará que en diez años el número de niños muertos alcanza a la espantosa cifra de 132,300, es decir, tres de nuestras ciudades más populosas, o séase media Habana!

«Y tened entendido que hay un axioma sanitario, familiar a los que nos ocupamos de estas materias, que establece que la baja cifra de mortalidad de un pueblo no es dato cierto para juzgar de la excelencia de su administración sanitaria, sino que el detalle preciso, el de verdadera significación, hay que aquilatarlo con el número muertos en niños menores de cinco años.

«Nuestros Gobiernos se han preocupado hasta ahora constantemente de un ramo llamado a dar los frutos que hoy cosechamos. Han atendido preferentemente los asuntos de Sanidad y los asuntos de Beneficencia. Han cuidado con esmero especial el servicio de hospitales, asilo de sus hijos enfermos, obedeciendo con ellos a sentimientos justos y humanitarios, salvando de Ja muerte a miles de ciudadanos que vuelven al seno social a prestar útiles servicios a la patria en diversas esferas y cumpliendo al mismo tiempo con la más primordial de sus obligaciones, cual es la conservación y fortificación de su pueblo, la base más sólida y positiva de su prosperidad y grandeza de la República.

«Ante cifras tan abrumadoras como las que acabo de presentaros, no dudo que habréis de dirigir el pensamiento y el corazón hacia nuestros niños enfermos, pobres, miserables, que le ofrecen tan elevado contingente a la muerte, alojados en habitaciones infectas, con padres sin recursos para asistirls en sus dolencias, por más que los municipios les proporcionen médicos y medicamentos.

«Pensad en el espantoso cuadro de esos niños desamparados, próximos a las puertas de la muerte, sin padres que los alimenten, con madres desvalidas y que no pueden prestar la asistencia indispensable, y comprendereis la necesidad que surge, por si misma, imperiosamente, entre otras cosas, para remediar en algo miseria tanta.

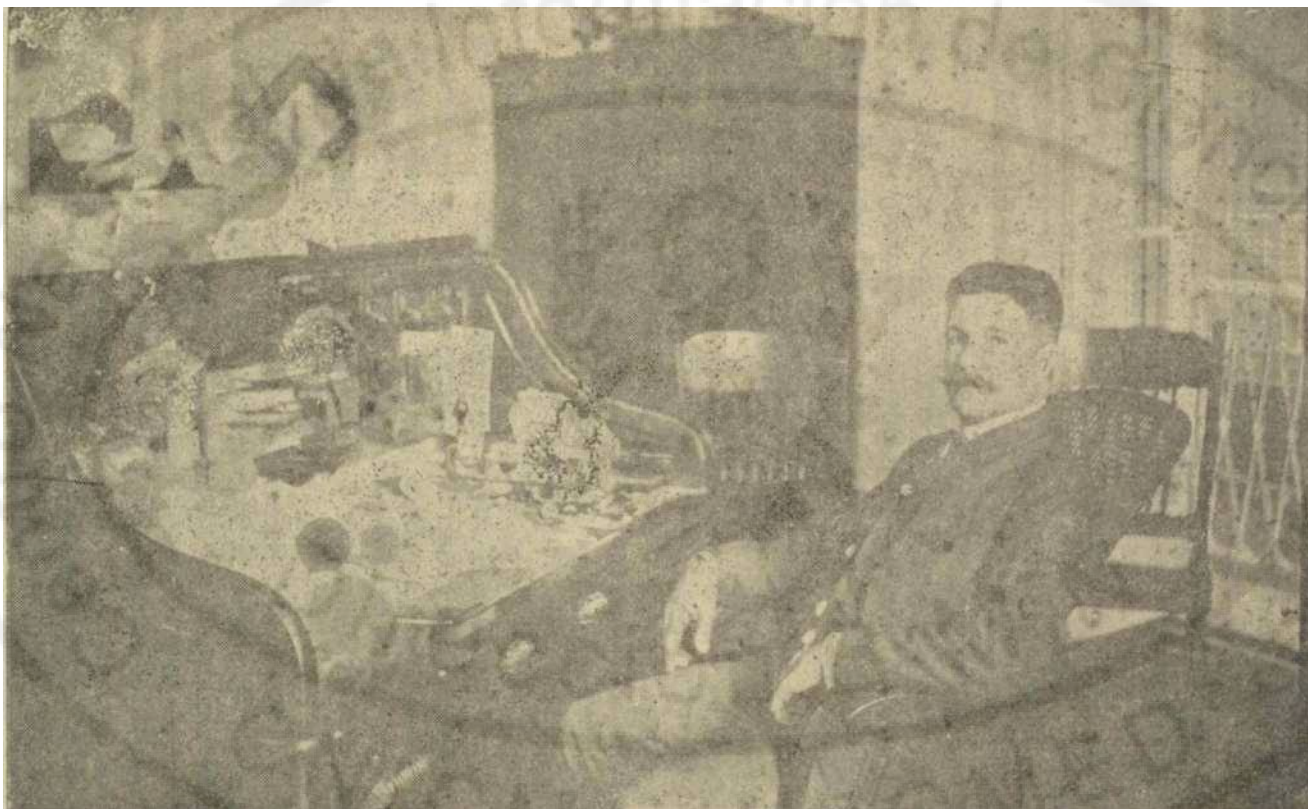
desde el doble aspecto sanitario y benéfico, cual es la fundación, por el momento en la Habana, de un hospital para niños. Un hospital para niños que acoja tanta esperanza en flor, porvenir de la patria, que muere abandonada, y que haga descender a cifra insignificante la mortalidad infantil, evitando que se colmen de cadáveres de niños las fosas de nuestro cementerio.

«Cada niño que se extingue representa para la sociedad en que ha nacido un capital efectivo en dinero que se pierde y que, según las condiciones peculiares de cada país, es menor o mayor su cuantía. Arrebatando vidas a la muerte se contribuye, pues, indudablemente a la riqueza del erario público.

«He ahí el motivo de la gran importancia que a la Higiene pública conceden los gobiernos de las naciones más civilizadas. La atención que a los problemas de Sanidad se dedique, señala en cada país la altura a que ha llegado en la escala del progreso e indica la extensión que ha alcanzado en sus relaciones internacionales. Levantemos, pues, ese hospital! Lo reclaman a gritos nuestros pobres niños enfermos y las madres desamparadas. Todo es ahora regocijo y esperanza en nuestra patria! Estos son los días de la tabla para el naufrago, de la gota de agua para el que tiene sed, del pedazo de pan para el hambriento, de la sonrisa de cariño para el huérfano, de la voz de piedad para el desamparado, del libro que ilumina para el que está a oscuras, del amor que perdona para el criminal, del consuelo que alivia para el que llora, del socorro de la madre desolada, y que se resume todo en la hermosa palabra, fuente inagotable del mundo moral: ¡Caridad! ¡Y ligadas están la Beneficencia y la Sanidad, porque ésta no es solamente una especulación del espíritu llevada a la práctica, sino que es también una rama de la Caridad!»

De exprofeso y aun a riesgo de hacer demasiado extenso nuestro trabajo, hemos transcrito los párrafos más salientes de la disertación de Barnet, no sólo por la brillantez de sus conceptos, la hermosura de sus frases, y lo sólido de sus argumentos, sino además, por marcar bien el éxito favorable que obtuvo con sus atinadas indicaciones relativas a la necesidad de proteger a la infancia.

Las juiciosas y sabias palabras de Barnet contenidas en ese su oportuno discurso impresionaron vivamente al Presidente de la República, al Sr. Secretario de Sanidad y Beneficencia y a cuantos hubieron de escucharlas, proponiéndose todos, inspirándose en los



El Dr. Enrique B. Barnet en su despacho de la Jefatura da Sanidad en 1903.

más patrióticos y humanitarios sentimientos, emprender los trabajos adecuados para reducir, en cuanto fuera posible, las causas de la mortalidad infantil en Cuba.

El Presidente de la República, que acababa de tomar posesión de ese elevado cargo, acogió los consejos de Barnet y con el concurso entusiasta, inteligente y enérgico del Dr. Enrique Núñez, Secretario de Sanidad y Beneficencia* y al calor- de sus iniciativas personales, se acometió la magna empresa de organizar el servicio de protección a la Infancia.

Personas altruistas y generosas, secundaron los planes del Gobierno a ese respecto. La iniciativa particular se asoció a la oficial y hermoso consorcio de buenas voluntades, se iniciaron y se llevaron a cabo, los más útiles empeños en bien de la profilaxis de las enfermedades de la infancia.

Dos esclarecidos médicos cubanos, los Doctores Eusebio Hernández y Domingo F. Ramos, que desde hacía larga fecha había levantado la bandera de la Homicultura y realizado importantes gestiones en ese sentido, colaboraron con desinterés notorio en los trabajos emprendidos y con el concurso de otros elementos también de gran valía, se establecieron Creches, Asilos y Colonias para niños pre-tuberculosos y-se creó el Servicio de Higiene Infantil y se logró un gran movimiento social en obsequio de la niñez desvalida.

En los Congresos Médicos Nacionales y Extranjeros; en las Conferencias de Beneficencia y Corrección; en distintos Certámenes Científicos celebrados en Cuba, Barnet ocupó siempre un sitio de honor y de preferencia, por la bondad de los trabajos que presentaba y por la luz y los conotimientos que aportaba en el curso de las discusiones de otros trabajos, y por el entusiasmo con que cooperaba a esas obras de mejoramiento y de cultura.

Fue Secretario de la Sección de Higiene y Demografía del Tercer Congreso Médico Pan Americano, celebrado en la Habana en 1901 y su laboriosidad y especial preparación en las labores literarias, se debió, en gran parte, como así lo reconoció en un documento lleno de generosidad y justicia el Dr. Tomás Vicente Coronado, Secretario General de ese Congreso, la publicación de las Actas de las Sesiones celebradas y de las Memorias presentadas en esa justa del saber. Para comprender el esfuerzo realizado por Barnet en la preparación de esa obra, baste saber que tuvo que dirigir la publicación de tres grue-

sos volúmenes que contenían los trabajos leídos en el Congreso, y hacer la corrección de pruebas, tanto en inglés como en castellano.

Ocupó lugar prominente en el Primer Congreso Médico Nacional, ante el cual leyó un trabajo sobre Sarampión, haciendo resaltar la relativa gravedad de esa infección y el curso de la última epidemia de la misma, en los niños de la Casa de Beneficencia y Maternidad. Era su objeto, el llamar la atención de las familias, acerca de la necesidad de poner en práctica las medidas profilácticas para evitar el contagio de esa enfermedad, que no siempre evoluciona con la benignidad que el público supone.

En el Congreso de la Sociedad Americana de Salubridad Pública, efectuado en la Habana en 1911, presentó un curioso trabajo sobre las «enfermedades tropicales en Cuba», proclamando la benignidad de nuestro clima, la excelencia de nuestro estado sanitario y el hecho, de que a pesar de ser Cuba un país situado en la zona inter-tropical, no existen aquí ciertas enfermedades mortíferas que habitualmente reinan en los países cálidos.

En el Tercer Congreso Médico Nacional, efectuado en la Habana en 1914 tuve el honor de concurrir con un trabajo que reunidos preparamos en opción a uno de los premios instituidos por la Secretaría de Sanidad y Beneficencia. Más que un colaborador, Barnet fue el Maestro que dirigió el trabajo, que preparó los planes y con experiencia y sabiduría, aportó los elementos para la victoria que obtuvimos. Debo esta declaración honrada y me complazco en hacerla pública, en honor a la verdad y para satisfacción de mi conciencia.

Como literato y periodista, tomó parte activa en los Congresos de la Prensa Médica de Cuba, presentando, en el Primer Certamen efectuado en 1912, un bien escrito trabajo sobre las dificultades con que lucha la Prensa Médica en este país.

Barnet, por las condiciones especiales que en él concurrirán, por su alto relieve científico, fue designado por el Gobierno de Cuba para representar a esta República, en distintos Congresos Científicos y en Exposiciones celebradas en el Extranjero. Y, al igual que los ilustres cubanos que compartieron con él esas representaciones, contribuyó a enaltecer el nombre de Cuba en las grandes capitales del mundo. En esos Congresos Barnet no era una figura decorativa, sino que se distinguía y honraba a Cuba por sus trabajos y se esforzaba por obtener para la Patria, los mayores honores y consideraciones.

En la Exposición de San Luis, en 1904, contribuyó con su gestión personal al éxito resonante alcanzado con nuestras exhibiciones sanitarias en ese gran Congreso. Además, fue miembro del Congreso Internacional de la Tuberculosis, celebrado en San Luis. Dio lectura en la Segunda Conferencia Sanitaria Internacional, efectuada en Washington en 1905, al proyecto de Ordenanzas Sanitarias de Cuba y en julio de 1907 concurrió, en unión de los Dres. Arístides Agramonte y Gabriel Landa, como Delegado de Cuba, al Congreso Internacional de Higiene y Demografía celebrado en Berlín. Con los conocimientos y los datos adquiridos en ese viaje, publicó en colaboración con el Dr. Landa, un valioso libro, que contiene el extracto de los más importantes trabajos presentados en ese Congreso.

Figura Barnet en el grupo de cubanos esforzados, que organizaron y dirigieron las Conferencias Nacionales de Beneficencia y Corrección, y que llevaron a cabo con tenacidad y energía loables, una obra apostólica de enseñanza y de piedad a través de toda la República. Formó parte del Comité Ejecutivo de esas Conferencias y presentó ante las mismas distintos trabajos relativos a «La Tuberculosis y la Sanidad»; «El Hospital Las Ánimas», «su importancia sanitaria», «beneficios que reporta», «El niño y la Beneficencia» y «Una Cuestión de Beneficencia y de Higiene», leído esto último, en la Sexta Conferencia celebrada en Cienfuegos en 1907.

Barnet fue designado para dirigir la Exhibición Sanitaria, Pabellón de Cuba, en la Exposición Internacional celebrada en San Francisco, Estados Unidos de América, en 1915, habiendo desempeñado esa comisión con gran lucimiento y alcanzado Grandes Premios para la Secretaría de Sanidad y Beneficencia por la calidad de los ejemplares presentados.

«Las Conversaciones del Doctor», obra personal de Barnet y el «Boletín Oficial de la Secretaría», que inspiraba y prácticamente dirigía, alcanzaron Medalla de Oro en esa Exposición.

Barnet, que era un hombre delicado, que hacía la vida del espíritu, amaba la gloria, le satisfacían esas públicas recompensas que colmaban sus nobles aspiraciones y sus románticos amores por la gloria...

Entre las notables condiciones de Barnet, figuraba la facilidad que tenía para la redacción de leyes y reglamentos. Sabía concebir

y considerar en conjunto las ideas, darle todo el vuelo y amplitud necesarios y más tarde, desarrollarlas con precisión y exactitud, en el articulado de un reglamento.

En estos áridos y difíciles trabajos, que demandan un dominio perfecto de la materia a reglamentar, Barnet ponía a prueba su asiduidad en el trabajo, y la amplitud de sus vastos conocimientos. Llegó a especializarse y distinguirse tanto en esta clase de tareas, las realizaba con tanto amor y competencia, que en las Sociedades y Corporaciones de que formaba parte, se le solicitaba con afán, para encomendarle la redacción de los reglamentos de las mismas.

En el año de 1900, publicó en el «Progreso Médico» su primer trabajo sobre la materia: Un proyecto de Reglamento para el ejercicio de las Profesiones de Médico-Cirujano; Cirujano-Dentista y Comadrona.

Al ser nombrado en el mismo año Secretario de la Asociación Médico-Farmacéutica de Cuba, preparó en unión de los Dres. Miguel Fernández Garrido y José P. Alacán, un proyecto de Constitución y Reglamento de esa Sociedad que fueron aprobados.

En el año 1903, desempeñando el cargo de Vocal, Vice-Presidente de la Junta de Patronos del Hospital Número Uno, redactó asociado, al Dr. Alfredo Martínez, el Reglamento para el régimen interior de ese establecimiento.

La Junta Superior de Sanidad tomó el acuerdo, en Marzo de 1903 de designarlo Ponente, en unión de los Doctores Juan Guiteras, Juan Santos Fernández y José A. del Cueto, para la formación del Reglamento de ese Organismo. Sometió a la consideración de esa Junta y fueron por unanimidad aprobados los reglamentos para el régimen interior de la Comisión del Muermo y la Tuberculosis en el ganado y para el Establo de Observación Sanitaria.

En el seno de la Junta, en su calidad de Vocal Secretario de la misma, hubo de presentar y fueron aceptados, distintos Reglamentos para el Orden Interior de las Oficinas del Laboratorio Nacional y Sanatorio de Tuberculosis, así como de otras dependencias del Departamento de Sanidad.

Por acuerdo de la Directiva de la Asociación de la Prensa, en la que figuró como Vocal desde su fundación, redactó un Proyecto de Reglamento para el «Fondo de Socorro», que fue aceptado con laudatorio acuerdo por su iniciativa a ese respecto.

La obra maestra de Barnet, la que puede considerarse como el monumento de su gloria, en la que demostró su pericia, inteligencia y preparación sanitaria y su cultura sólida y amplia, fue sin duda alguna, las Ordenanzas Sanitarias, que debemos en gran parte a su competencia y dedicación a ese trabajo tan meritorio y útil.

Durante algunos años, Barnet con constancia ejemplar; con ahínco y decisión de convencido, dedicó a ese trabajo los frutos de su talento y la firme resolución de su espíritu. Revisó las legislaciones sanitarias extranjeras; consultó; oyó opiniones; buscó en Bibliotecas y en Archivos cuanto pudiera ilustrar la materia; interesó y estudió con provecho reglamentos análogos y como resultado de ese estudio y paciente investigación, presentó a la Junta Superior de Sanidad, un proyecto de Ordenanzas Sanitarias, tan completo y tan acabado que le valió un honroso acuerdo de la Junta y las más sinceras felicitaciones de todos los que habían podido advertir la cantidad y calidad del trabajo realizado por Barnet en la preparación de esa obra trascendental.

La Junta conoció de ese Proyecto de Ordenanzas. Lo aprobó en conjunto. Después, en detalles, al discutirse artículo por artículo, fueron ilustrando las materias hombres tan eminentes como Finlay,

^a
Guiteras, Santos Fernández, San Martín, Enrique Núñez, Varela Zequeira, José A. del Cueto. Arostegui, Jacobsen y demás miembros de ese alto organismo sanitario. Cada uno de estos compañeros, aportaba a la materia que se estudiaba y discutía, sus conocimientos, saber y práctica y con el concurso de todos, las Ordenanzas Sanitarias resultaron un trabajo por demás perfecto y bien adaptado a nuestro medio y necesidades.

Otro de los trabajos de Barnet que merece especial mención por su valor científico, es la parte principal que tomó en la redacción y dirección del «Manual de Práctica Sanitaria», cuya obra fue redactada por los principales médicos sanitarios cubanos. Ese «Manual», es un libro de consulta y de guía para los que se dedican a cuestiones higiénicas.

Barnet era un hombre de noble apostura, de figura agradable y distinguida. Sus modales suaves y correctos, su trato afable y cortés, y sus procederes caballerosos y dignos, le valieron grandes simpatías y afectos.

Su carácter era firme y sostenido. Sabía mantener sus opiniones y actuar con energía tranquila, sin violencias ni arrebatos. Era discreto en el hablar y de un trato por demás sugestivo y afectuoso.

Se esforzaba por complacer y resultar grato a sus compañeros y amigos. Era un camarada encantador, que se daba a querer, por la bondad de su corazón.

Tales han sido a grandes rasgos expuestos, los principales trabajos de Barnet y las manifestaciones más salientes de su vida como médico, literato y sanitario. Puede decirse, que cumplió como bueno y que rindió brillantes jornadas a su paso por la vida.

En el Departamento de Sanidad, tanto en los puestos elevados de Jefe Ejecutivo del mismo y Secretario de la Junta Superior de Sanidad que desempeñó de 1902 a 1908; de Jefe de Despacho y Director de Sanidad y Secretario de la Junta Nacional de Sanidad en breve periodo, de 1908 y de Jefe de la Sección de Biblioteca y Prensa y Jefe de Redacción del Boletín Oficial de la Secretaría hasta 23 de septiembre de 1916, en todo ese tiempo y en los distintos cargos que le fueron confiados, Barnet cumplió sus deberes con probidad, honradez, rectitud y austeridad y dio pruebas de su eficiencia notable y de su maravillosa competencia.

En el desempeño de la plaza para la que había sido últimamente nombrado, le quedaban libres algunas horas del día, y Barnet, que no sabía permanecer ocioso y que sentía la necesidad de utilizar las grandes energías de su espíritu y las actividades de su carácter, aplicó el tiempo que tenía disponible fuera de las atenciones oficiales, para dedicarse otra vez al ejercicio profesional, emprendiendo de nuevo la vida del médico clínico.

Durante todo el tiempo que desempeñó la Jefatura Ejecutiva y de Despacho de Sanidad, había permanecido alejado de la práctica diaria de la profesión, en la parte que se refiere a la asistencia de los enfermos. No por ello olvidó sus conocimientos médicos, ni abandonó el estudio, sino que por las noches, en horas quitadas al sueño, consultaba textos, leía revistas médicas, para estar al corriente del progreso incesante de las ciencias médicas y nutrir su espíritu con las conquistas y adelantos de las mismas.

En sus frecuentes viajes al extranjero, atraído por sus arraigadas aficiones a los estudios médicos, visitaba los hospitales y clínicas

más afamados, recibiendo enseñanzas objetivas y adquiriendo importantes conocimientos.

Y gracias a ese cultivo constante de su inteligencia y sus desvelos por el estudio, pudo, al comenzar otra vez su vida de médico, actuar de manera eficaz y con los conocimientos y competencia necesarios. Obtuvo y desempeñó con acierto, una plaza de Médico de Visita del Departamento de Tuberculoso de la Casa de Salud «La Benéfica». Al poco tiempo, debido a sus merecimientos, fue ascendido a la Dirección de ese importante Hospital particular. Y allí, en el cumplimiento de sus deberes profesionales contrajo la terrible enfermedad que lo llevó a la tumba. Se infectó de Tuberculosis y su organismo robusto y sano, fue minado por el bacilo de Koch, que derrumbó por siempre aquella existencia tan útil para la Patria.

En julio de 1916, ya enfermo, partió en busca de salud y de respo para la ciudad de Los Ángeles, en California.

Era Barnet un apasionado de los viajes. Esas sus aficiones por la vida intensa, errante y movida del viajero, contrastaban, en verdad, con la aparente quietud y sosiego de su carácter. Quien conocía y trataba a Barnet, no podía, de seguro, advertir, que tras esa su calma y reposo, latiese el alma de un «incansable peregrino», ansioso, como dijo el poeta, «de cruzar pueblos extraños».

¿Esa su afición por los viajes, nació en su alma por haber tenido en los días de su adolescencia, que abandonar hogar y patria y verse obligado a residir durante toda la época primera de su vida en suelo extraño?

¿Se sentía atraído a otras tierras y a otros cielos por su espíritu delicado de artista o por sus ansias de investigación y afanes por abrirse nuevos horizontes?

«A medida que la humanidad se afina, dice Gómez Carrillo, se aumenta el placer de admirar nuevos y raros paisajes, lo que nos obliga a viajar». Barnet no era seguramente, el viajero filosófico, irónicamente descrito por Bourget, que pretende, en la rapidez de una travesía o en fugaz estancia en una población, «ver el alma extranjera», descubrir caracteres, estudiar y descifrar la complicada psicología de los pueblos. No. Él era el viajero artista que se encantaba ante los paisajes y cuyo ánimo se extasiaba en la contemplación de las grandes maravillas de la naturaleza.



Última foto del Dr. Barnet cuando fue designado Director de la Casa de Salud
«La Benéfica» en 1912.

En el recorrido del viaje de Los Angeles a la Habana, el día 23 de septiembre de 1916, falleció Barnet en la ciudad de New Orleans, a la edad de 62 años y después de 41 de ejercicio profesional. Se extinguió por siempre, aquella noble existencia, tan provechosa y tan meritoria. Cesó de latir su corazón generoso, abierto al bien y al amor. Se apagaron al soplo helado de la muerte, las brillantes luces de su inteligencia, que habían iluminado con sus detalles los caminos de la ciencia y del deber.

Y en el Panteón de la Academia de Ciencias de la Habana, en la Necrópolis de Colón, descansan por siempre los restos queridos del amigo ejemplar, del médico ilustre que rindiera en el curso de su vida, una jornada útil a sus semejantes y a la Patria!

Habana, Junio 24 de 1916.

